

VI

Como mueble nuevo y hermoso hallábase Consuelo en casa del señor del Río: guardábanle todas consideraciones y la mentaban su orfandad, pero sobre todo Eva, de naturaleza extremadamente impresionable, estaba encantada con la dulce rubia. Dispuso para Consuelo una alcoba contigua á la de ella y colocó su cama en un lugar desde donde se viese la de la huérfana, y algunas veces conversaban de cama á cama hasta las altas horas de la noche. En pocos días reinó entre ambas jóvenes la más cordial armonía. Eva propúsose enseñar á Consuelo cuanto pudiese, pues la instrucción de la huérfana, por la penuria en que había vivido era muy deficiente. Cosía muy bien; pero ignoraba las demás labores de manos, y apenas sabía leer y escribir.

En la casa del señor del Río hay hoy inusitado movimiento: hállase llena de amigos y parientes á quienes ha llevado, por una parte, la curiosidad de conocer á la huérfana, cuya historia corría de boca en boca exagerada y aun falsificada, y cuya belleza ponderaban mucho; y por la otra, el compromiso contraído por Doña Tula, de ayudarle á la confección de dul-

ces, que anualmente venden las asociaciones de San Vicente de Paul, y que se hacen con donativos que las señoras coleccionan entre los católicos. En este año había habido un donativo extraordinario hecho por Don Manuel de Avendaño, y aunque encarecidamente recomendó que no se supiese quién había sido el donante, y le prometieron el secreto, y aun le manifestaron la inutilidad de su recomendación, el acontecimiento era tan raro, que las piadosas señoras de las Conferencias lo contaron, de mucha reserva por supuesto, á cuantas personas tuvieron ocasión de ver, y aun buscaron de propósito á otras con el exclusivo objeto de referirlas, reservadísimoamente, aquel inesperado suceso que en el mismo día fué conocido de todos los zacatecanos, y de mil modos por ellos comentado.

La cocina, el comedor y hasta una parte del patio de la casa de Doña Tula, están llenos de los utensilios y del material para los dulces. Chole, una jovencita pálida, de ojos castaños oscuros y pelo del mismo color, esbelta, baja de cuerpo y muy mercuriosa, jadeante ya, muele azúcar en un molino azteca. Julia, otra joven, morena, abispada, de provocativos ojos negros, confecciona turronecillos de almendra, que enrolla en papilitos de China con flecos

hechos á tijera en los extremos. Luisa Ramos, mujer que se resiste con desesperados esfuerzos á pasar de la juventud á la edad viril, alta, delgada, carilarga, de ojos pequeños y vivos y sonrisa entre picaresca y grave, de conversación jocosera, menea con luenga cuchara de madera un caso puesto en la caliente hornilla y cubierto hasta la mitad de suave y lechosa pasta, y de vez en cuando la arqueada boca de aquella joven que, aunque pasa de los treinta se ha plantado en los veintidós con la resolución de no salir de allí, aunque para ello sea necesario falsificar su fe de bautismo, lanza con imperturbable gravedad alguna agudeza ú oportuno chiste, que es coreado por las estrepitosas carcajadas de sus alegres amigas. Eva, con la sartén rebosante de almíbar, corre á confitar las frutas que tiene ya preparadas Doña Tula. Paquita, su sobrina, de nariz roma y traviosos ojos garzos, joven casada que tiene la alta honra de ser dos veces madre, corre, gesticula, grita; ya toma esta cacerola, ya la otra; ya dice á la criada que no deje pasar de punto la confitura; ya da reglas á la otra para que los dulces presenten artístico conjunto; ora corre á ver á Beberito, niño de cinco años, que hace diabluras en el patio, y de vez en cuando entra á la cocina, coge un

dulce y corre con él; ora á Mimí, niña de tres años, que viendo que todos trabajan y tragan, se ha quitado un zapatito y una media y arrojádolos á un barril lleno de agua. Consuelo mueve afanosa el batidor y las claras de los huevos espumajan en la vidriada cazuela de barro de Guadalajara y forman, al fin, un enorme copo de nivea blancura.

Movimiento, algazara, alegría, hay en aquella casa de ordinario silenciosa, y las jóvenes, con las mangas arremangadas hasta los codos y sus elegantes delantales blancos, trabajan risueñas y parlernas. Eva, de vez en cuando, escápase pretextando cualquier cosa, y corre á la ventana para dirigir una tierna mirada á su novio, Ricardo Ramos, que ronda la calle con la pertinacia de los enamorados.

Es Ricardo un guapo chico, de agradable faz, socarrona sonrisa y ojos negros de audaces miradas; Ingeniero recién recibido, fogoso y calaverón, pero que ama de verdad á Eva, y sólo espera numerosa y estable clientela, para entrar regocijado en el templo de Himeneo. Eva ama á su novio, y reza á la Virgen una avemaría diariamente porque tenga en breve tiempo una clientela tan grande, que sea para alabar á Dios. Cada vez que Eva regresa de la sala, sus jóvenes amigas cu-

chichean y la miran con significativa mirada, que aquella no quiere comprender.

—Mira, Consuelo, dice Doña Tula, es necesario que escribas la receta de las "mokas"; están magníficas.

—Si, sí; clama Paquita, y la de los "huevoitos de falltriguera" que se han hecho según mis instrucciones, y' que á Gustavo le gustan tanto, que come hasta clu- parse los dedos.

—Y del turrón y de las frutas de almendra, agrega Eva, que de verdad están con- feccionadas á las mil maravillas.

—¡Ay! grita Chole, este molino me pone nerviosísima. Figúrense ustedes que la loca imaginación me hace pensar que no estoy moliendo azúcar, sino vidrio y se me crispa el cuerpo y siento como es- calorío.

—Digán ustedes lo que quieran, clama Julia, los turroneitos de almendra están más dulces que las miradas de los novios.

—¡Que no!

—¡Que no!

Gritan varias voces á la vez.

—Hay de todo, hay de todo, dice Luisa; miradas que acarician, miradas que ofenden y miradas que asesinan. ¿No hay por allí quien me asesine? De antemano cuenta no sólo con mi perdón, sino con mi gratitud.

—¡Vivan los asesinos! contestan varias voces aquí y allá.

—¡Beberrillo, Mimí! ¿Dónde andan esas criaturas? clama Paquita.

Mimí estaba afanosa trabajando por quitarse el otro zapatito, y sorprendida infraganti por su mamá, agártrase el pie á dos manos, para impedir que le eviten el placer de contemplar su calzado nadando en el agua del barril.

—¿Qué haces, hija? ¿Dónde está tu otro zapato, y la media? ¡Jesús, estás descalza, no vaya á darte una pulmonía!

Mimí movió la cabeza y refunfuñó!

—Vamos, responde ¿qué has hecho de tu zapato?

—Allí, contestó Mimí señalando el barril.

Paquita, haciendo mil aspavientos, saca el zapato de Mimí empapado en agua, y vaise con ella á las piezas interiores para cambiarla de medias y calzado. Bebé entre tanto, jineté en el bastón de Don Juan, corre desahogado por un medio de aquellas laboriosas abejas, más dulces que las confituras que preparan, y rueda aquí un turrón, allá una pera cubierta y la punta del bastón atraviesa por la miel y sale empapado en ella, y las zumbantes abejas, encolerizadas, espantan al inquieto Bebé, que no refrena su desbocado cor-

cel hasta que el muro del patio le privó de campo donde cabriolar.

—¿Dónde estás, hija? dice Gustavo Vivanco que entra en esos momentos.

—Allá voy, allá voy, hijito, contestó Paquita desde la recámara.

Mimí, al oír la voz de su papá, lucha por desasirse de los brazos de Paquita y salir al encuentro de Gustavo, y no costó poco trabajo á la joven madre sujetar á la hija para calzarla.

Bebé arroja al suelo el bastón y sale á todo correr al encuentro de su padre.

—Papasito, venga á ver cuántos dulces, dícele asíéndole de las piernas y dejando en el pantalón de Vivanco, parte de la miel que empapaban los dedos del chicuelo.

Paquita sale de la recámara con Mimí, que tiende los brazos á Gustavo; cógela éste y los dulces besos de la niña llenan de almíbar el atusado bigote del papá, que se resigna á tanta dulzura.

—Quiero conocer á esa hermosa huérfana, dice Gustavo á su esposa.

—Es aquélla, responde Paquita señalando con los ojos á Consuelo.

—Buenos días, señorita, dice Gustavo acercándose á la hermosa rubia: ¡Quién fuera el rey de este panal!

—En los panales, responde Luisa, no

hay rey sino reina; allí gobierna el sexo femenino, y es fama que su gobierno es admirable.

La señora de Vivanco dirige una celosa mirada á su consorte y exclama:

—En hora buena, hijo, serás el rey y yo la reina.

Gustavo miró á su esposa, que se adjudicaba por entero la galantería que él había querido distribuir entre todas. Paquita, entre tierna é imperativa sostuvo la mirada de Gustavo; éste tragó saliva y dijo con resignación:

—Bueno, hija, serás la reina.

Inguióse Paquita triunfante y luego presentó á Consuelo, mientras Luisa y Julia cuchicheaban.

—Te presento á Consuelo López, que forma ya parte de la familia del señor del Río.

—Servidora de usted.

—Es usted una joven adorable. ¿No te parece, Paquita?

Paquita, después de morderse el labio inferior, contestó no sin esfuerzo.

—En efecto, adorable, adorable.

Gustavo, siempre alegre y locuaz y galante por educación y por carácter, estaba como en su centro en medio de aquellas guapas jóvenes; conversó con todas y para cada una tuvo frases corteses y li-

sonjeras, y hasta logró el placer de que Julia, á hurtadillas, pusiera en la boca del joven esposo un pedazo de turrón.

Paquita, con presuntuosa suficiencia daba órdenes por todas partes, que en lo general, eran obedecidas; pero casi siempre censuradas á "sotito voce." Cuando su fatigosa labor lo permitía, plantábase al lado de su esposo para servir de dique al desbordante torrente de sus galanterías.

VII

La calle, desde frente á Catedral hasta la mitad de la de "Tres Cruces," hállase rebosante de gente; el constante vocerío, ora apagado, ora fuerte, óyese por todas partes como si estuviese hirviendo inmenso crisol; junto al borde de las banquetas del Poniente, hay larga hilera de mesas de distintos tamaños, unas cubiertas de dulces, otras de juguetes; aquí suena un pito, allá una corneta, acullá vociferan los chíquillos señalando con el índice á "papá lo que quieren comprar.

—¡Mi muerto, mi muerto! dice aquella joven á su amiga, antes de saludarla.

—¡Mi muerto, dame mi muerto, toma

tu muerto! tales frases escúchanse por todas partes.

El día primero de Noviembre todos en Zacatecas piden su muerto, el cual consiste en un obsequio, y los dulces llévanse generalmente la preferencia. Los niños nunca lo perdonan, y el papá cargado de familia necesita sacrificarse, si es preciso, para comprar á sus hijos cualquier juguete ó golosina, aunque sea de escaso valor. Las familias concurren á la calle de "Tres Cruces," donde mientras eligen los muertos, deléitalas la banda, que cada quince minutos toca en el kiosco de la plaza de Armas, frente á las mesas.

Da lástima en esos días y los siguientes—pues los puestos duran algunos—contemplar á los miserables granujas del pueblo, desheredados de la fortuna, sin un centavo que gastar, que miran con faz doliente y tristísimos ojos, los juguetes y dulces de que no pueden gozar. ¡Cuántos de esos infelices por la primera vez sienten que les muere el corazón la serpiente de la envidia, ó en lo íntimo de su alma maldicen una existencia para ellos de constantes privaciones! Tales pensamientos vinieron á la mente de Don Manuel de Avendaño, que forrado en un largo sobre todo gris, observa con vivo interés á un chicuelo como de cinco años, que absorto,

frente á una mesita cubierta de juguetes, los contempla con intensa ávidez; la carita triste, los brazos cruzados, los pies descalzos; tiritita aquel cuerpecito bien cerrado, bajo la camisa y calzones de manta trigueña, y por la copa del roto sombrero, asoma lenhiesto un mechón de cabellos. Los ojos del niño vándose una y otra vez, tras de los juguetes que los muchachos de su edad compran en la mesita. ¡Ay, ellos son ricos; él es pobre, muy pobre! ha perdido varias veces un centavo á los señores elegantes que por allí pasan, pero nadie se lo ha dado. Tiene hambre, pero no quiere comer, prefiere por entonces una corneta, un pito, ó siquiera un muertito de esos que se hallan dentro de su abierto ataúd, sobre un cartoncito, y tras de aquél iérguense dos acólitos de cabeza de garbanzo, vestidos de papel de china y con velas en la mano. ¡Valen tan poco! un centavo; pero no tiene ni un centavo. En cuanto á aquel ferrocarril, no hay que pensar en él; un niño, que debe ser muy rico, acaba de llevarse uno, y le costó algo más de dos pesos, pues el misero granuja vió atentamente que el papá del comprador al pagarlo entregó dos pesos en plata y algo más en feria. ¡Un ferrocarril! ¡Imposible! Y está tan lindo: si le parece hasta oír el puf, puf.

de la máquina que lanza columnas de espeso humo. Y aquellas terecianas, iguales, iguales á las que él ha visto de dos en dos por las calles, en recatada actitud rebosantes de candor y de vida, y que allí están, en pie, sobre aquel cartoncito, con su traje café oscuro con vivos rojos y aplicaciones crema. ¡Ay, pero esas niñas son más caras que los monaguillos! También está precioso el marranito de barro, sentado sobre las patas traseras, que de puro gordo no puede levantarse, y en su insaciable gula entreabre el hocico, pidiendo que le ceben más y más. Y aquel toro que agacha la cabeza, enhiesta la cola, espumajea encolerizado, y cabriolea al sentir al jinete que asido á dos manos del pretal, risueño y con el ancho sombrero caído hacia atrás alardea de su admirable destreza. ¡Oh aquel toro con su jinete ranchero es una maravilla y debe de valer un potosí! Todos los juguetes están hermosos, muy hermosos; pero el chico no tiene dinero y en un profundo suspiro manifiesta sus angustias, sus deseos, sus desengaños, mas aquel suspiro no alivia su dolor. Embebido en sus pensamientos sigue en estática contemplación, cuando sobre los hombros siente una pesada mano que le mueve.

—¿Qué te gusta de la mesa? le dice

Don Manuel de Avendaño, que se ha acercado al chicuelo.

El niño vé, mira y remira á su interlocutor, y calla, calla apretando los yertos bracitos. ¿De qué le sirve manifestar sus deseos? ¿No está ya acostumbrado á no verlos jamás realizados? El es pobre, muy pobre, y los juguetes no se hicieron para los niños pobres.

Don Manuel, con la vista fija en aquel desheredado de la fortuna, repite la pregunta. El niño entonces sonríe. Cualquiera pensará que la inocencia y la ironía jamás pueden asociarse; sin embargo, aquella candorosa sonrisa tiene la hiel de la ironía. ¿Qué le va á dar aquel señor cuando el chicuelo no ha encontrado aún quien le regale un centavo? Cuando por tercera vez Don Manuel repite la pregunta, el niño medita un rato; apenas en los albones de la vida empieza á ser filósofo en la escuela del infortunio; parece que su corazón se dilata con la esperanza, y temeroso de perder lo menos si pide lo más, señala con el índice el muertito de á centavo, pero sin apartar la vista del ferrocarril. El señor de Avendaño ha leído todo en los ojos del niño.

—Toma, le dice, y pone en las trémulas manos del granuja el ferrocarril de locomotora y wagones.

El niño se puso primero pálido como un cadáver—tal fué la vehemencia de su emoción—y después, la sangre enardecida por el júbilo coloreó su semblante, y aturdido, frenético, corrió á todo correr ávido de mostrar á su madre y á sus amiguitos aquel juguete de inestimable valor, y de saborear á solas y á sus anchas la inesperada posesión de él.

Don Manuel, enternecido, gustaba de la íntima satisfacción con que regala al espíritu una buena obra, por pequeña que parezca, y fuese por todos los puestos buscando muchachos plebeyos á quienes obsequiar. ¡Ay, pensó qué caridad tan grande es regalar juguetes á los niños pobres!

Mientras en la calle el barullo y la algarabía crecen, en los bajos de una casa frente á Catedral, guapas señoritas venden á buen precio y sin cesar, los magníficos dulces hechos en la casa de Doña Tula, por cuenta de conferencias de San Vicente de Paul: algunos, muy pocos, van á comprar por sólo el suave placer de la caridad; otros, por saborear los exquisitos dulces, y muchos, especialmente los jóvenes, por mirar y remirar á las lindas vendedoras y conversar con ellas. ¡Qué bella está Consuelo con su sencillo traje y niveo delantal, erguida tras el

mostrador, con aquellos azules llameantes ojos de tierna y profunda mirada, y el peinado que forma tres montículos de oro, artística obra de Eva, y ésta, con sus ojazos castaños, incendiarias centellas que titilan dentro de las cuencas sombreadas polluengas y espesas pestañas.

Entre ramilletes colocados en vistosos floreros, están, sobre larga mesa, las charolas repletas de dulces; abajo alcatracitos de aureo y plateado papel, boca abovedada de tul y cerrada en lo más alto con cordoncillo de seda; al través del tul descúbrense en apretado montón los dulces como si pugnasen por salir de su prisión; luego los turroncitos envueltos en papel de china de vivos colores que asoman sus rizados flecos, peras, manzanas y duraznos cubiertos; en la parte superior ramilletes de flores de almendra y artísticos canastitos de azúcar henchidos de tejocotes cubiertos. Hasta el ambiente parece llevar á los labios algo de la dulzura de aquella mansión alegrada por la belleza y juventud femeninas.

Don Manuel de Avendaño, desde un puesto de tejocotes, manzanas y cacahuates, donde la plebe compraba sin cesar, fijóse maquinalmente en el grupo de vendedoras beldades, y á la mente del opulento zacatecano vinieron en confuso tro-

pel melancólicos recuerdos. Pensó entonces que aquellas flores del jardín de la tierra, dignas de respetuoso cariño, y á quienes el mundo perseguía con satánico encarnizamiento, ó ajaba la pasión con su quemante soplo, eran hoy tan dichosas, y dos lágrimas brotaron de aquel corazón donde parecía que el tierno venero de los afectos habíase extinguido para siempre. Llegaba á su oído el regocijado rumor de las voces de las vendedoras, y de vez en cuando, joviales risas que en notas picadas, deslizábanse por las suaves gargantas de las hermosas jóvenes.

Eva estaba inquieta y en vano se esforzaba por participar de la común alegría. Ricardo no había ido á comprar dulces, esto era un desaire á ella, á la fogosa niña que le tenía para esa noche miradas y sonrisas que arrojan ondas de magnético fluido. Julia, que lee como en abierto libro en el corazón de Eva, se le acerca y le dice:

—Calma, Eva, el ingeniero vendrá. ¿Cómo no ha de venir?

—Si no pienso en él.

—Pues ¿en qué piensas?

—En... en... en nada.

—Estás distraída.

—Te parece. Estoy contenta, ¿no me ves venir?

Y Eva en efecto rió con naturalidad, y sólo un profundo observador hubiera notado cierta amargura en aquella máscara del interior despecho.

—Ea, vamos á la puerta, dijo Julia.

Y las jóvenes, asidas de la mano, dejaron á sus compañeras despachar á los compradores y fuéronse á la puerta.

—Allá viene el ingeniero, exclamó Julia.

Eva sintió que un golpe eléctrico adormecía su cuerpo, volvió la vista hacia el rumbo que le indicaba su amiga, y después de un momento de intensa emoción, contestó con aparente indiferencia:

—En efecto, allá viene.

—Y parece que viene muy bien acompañado, agregó Julia.

Un relámpago de ira, de celos, de vergüenza ó de todo esto junto, brilló en la descompuesta faz de Eva.

Ricardo, de brazo de una joven actriz de no muy limpia fama, atravesaba la calle; la pareja, en entusiasta conversación, pasó junto á las jóvenes sin siquiera mirarlas, dejando el aire impregnado de fuerte olor alcohólico. Eva no pudo más, sintió el frío de la muerte en el alma, reclinóse en el hombro de su amiga, las reprimidas lágrimas rompieron su prisión y se desbordaron silenciosas y candentes. Y mien-

tras la amante niña lloraba sin consuelo, hirió su oído el insultante dúo de dos alegres carcajadas.

VIII.

Paulatinamente va cicatrizando la herida que en el corazón de Consuelo causó la muerte de su madre, y aunque el afecto que encuentra en la casa del señor del Río no substituirá nunca el intenso amor maternal, es lenitivo de los pesares de la huérfana. Eva la quiere mucho, y Eva es muy buena, sabe querer, su fogoso carácter inconscientemente se desborda en halagos y mimos; tiene un gran corazón, repite Consuelo sin cesar, y aun le parece que ella, la infeliz huérfana, no corresponde como debiera á aquella ternura; pero no es así, sino que Consuelo concentra y esconde sus afectos desde que le falta el calor del maternal regazo. Sufre algunas veces sobremanera porque juzga que ha olvidado á su madre, que ya no piensa tanto en aquella santa de quien fué el ídolo, que ya no la llora como en los primeros días de orfandad, y hondamente se aflige de no aflijirse tanto como quisiera. ¿Qué pasa en aquella dul-

ce niña de inefable atractivo y de suavísima hermosura? Siente desconocidos anhelos, inexplicables alegrías; parecele que la luz lleva algo celestial en sus esplendores y el céfiro aromas en sus ráfagas; el espíritu de la poesía palpita para ella en todo el universo y aspira con avidez su embriagante néctar. Es la dorada juventud que llega con su cortejo de ensueños, con su ansia de dicha, con sus estremecimientos de amor. Consuelo vé ya, como al través de ténue niebla, los floridos vergeles del cariño; está en los supremos momentos en que la flor abre sus pétalos para recibir el primer rayo del sol. Junto al balcón de la sala de la casa del señor del Río, mécese suavemente en un sillón austriaco, con los brazos cruzados, semicerrados los ojos y la cabeza echada hacia atrás; sobre el respaldo deja caer en aureas ondas la suelta cabellera. De pronto, como haciendo un esfuerzo, iérguese para ir al tocador, dirige una mirada hacia la calle, y frente al balcón divisa á un joven, callado y taciturno, de gallarda apostura; encuéntranse las miradas de ambos y Consuelo se siente desvanecida; la intensa luz de aquellos ojos negros había bañado su corazón.

—Dios mío! es Ricardo, dijo interior-

mente. Si buscará á Eva para reconciliarse con ella.

Una sombra de tristeza veló la frente de la joven, sacudió con violencia la gentil cabeza como si quisiera alejar un amargo pensamiento y fuese al tocador. Al mirarse en él dos lágrimas temblaban en los azules ojos de la niña y su corazón latía apresuradamente. El primer rayo de sol había besado ya los virgíneos pétalos de aquella delicada rosa.

—¿Lloras? le preguntó Eva que no había sido vista por la joven y que se acercó á ésta interrogándole cariñosamente.

—No, no sé; contestó turbada. Que, ¿te parece que lloro?

—No me parece, de verdad estás llorando. ¿Qué tienes?

—Nada, no tengo nada.... Quizá el recuerdo de mi madre....

Y Consuelo bajó la frente ruborizada; aunque sin plena deliberación había mentido. He hecho algo malo, pensó. ¿Por qué oculto lo que siento? La verdad es que yo misma no sé lo que siento, pero es algo que no quisiera que supiese nadie. Digo mal, que lo supiese alguien sin que yo se lo dijera, pero no sé quién es ese alguien, y trémula y turbada, no levantaba los ojos para ver á su amiga.

—¡Pobrecita! dijo Eva acariciándole la

mejilla; tienes razón, perder á una madre debe de ser una desgracia inmensa. Ea, distraete, voy á hacerte tu tocado, siéntate aquí, ya verás qué bien te peino, vas á quedar guapísima, mucho más de lo que eres.

Consuelo miró agradecida á Eva, dócil á su voz, sentóse frente al tocador, mientras Eva, con fino peine, desemmarañaba aquella extuberante cauda de oro.

—¿Si vieras á quién vi hace poco, parado allí frente al balcón de la sala? dijo Consuelo.

—¿A quién?

—A Ricardo.

Eva guardó silencio mientras pasaba la ola de indignación que hería su pecho.

—¡Infame! murmuró después de breve intervalo, no le quiero ya, le detesto!

—Qué, ¿es muy malo? interrogó Consuelo.

—Sí, es muy malo.

—Ahora tú eres quien llora, repuso la rubia, levantando los ojos y fijándolos en los de su amiga.

—Sí, lloro de ira.

En esos momentos sonó la vidriera del balcón que estaba entreabierta, parecía que un objeto había herido los cristales. Eva se estremeció, é inconscientemente dirigióse á la sala; sobre la alfombra, cer-

ca de la vidriera, estaba un ramillete de blancas rosas frescas y lozanas que exhalaban suave frangancia; levantólo, y comprendiendo de quién era aquel obsequio, hizo ademán de arrojarlo á la calle, pero se contuvo al divisar á Ricardo, que cerciorado de que el ramillete llegaba á su destino, huía á toda prisa.

Eva se quedó contemplando al joven, y después de un rato exclamó:

—¡Desdichada de mí, le amo, le amo aún! y rompió á llorar.

Desahogada un tanto, aspiró con delicia el aroma de aquellas flores, y quedóse contemplándolas mientras bullía en su mente un tropel de encantadores recuerdos. De repente lanzó una exclamación; en el centro del artístico ramo estaba prendido un billete. Vaciló un instante, pero atraída por misteriosa violencia, arrancólo nerviosa, lo abrió precipitadamente y leyó emocionada:

“Eva:

Rompiste los lazos que nos unían y me has arrojado á un abismo sin fondo. ¿Qué va á ser de mí sin tu cariño? Contigo hubiera sido bueno, muy bueno, sin tí seré un criminal ó un loco. Ten piedad de mí y perdóname; te ofendí sin deliberación, no es-

taba en mi juicio, no supe de mí. ¿Será posible que de un sólo golpe mates para siempre mis ilusiones, mis esperanzas, mi felicidad? ¡Oh, no! eres un ángel, y no creo, no puedo creer que pagues tan cruelmente un amor que es tan grande como sincero.

Iré todos los días á la hora de costumbre hasta que me contestes.

Tuyo siempre,

RICARDO."

¡Miseria humana! el odio que contra Ricardo ponderaba tanto la fogosa Eva, no era sino la forma del amor despechado. amor que se erguía dominante á la lectura de aquellas cuantas líneas. No obstante, Eva hízose sobrehumano esfuerzo, y en lo íntimo de su alma formó la resolución de mantenerse firme en sus propósitos, á lo menos, mientras no le constase con certeza que Ricardo había cambiado de conducta. Así la esperanza, inefable bien que la misericordia coloca en medio de esta breve y dolorosa vida, debilitaba la firmeza de aquel propósito.

Cuando Eva volvió en sí de aquella rápida sucesión de emociones, Consuelo la estrechaba entre sus brazos, con los ojos fijos en la carta, y las dos amigas lloraban heridas por el mismo rayo

IX

Han transcurrido los quince días que Fr. Agustín fijó á Don Manuel para resolverle acerca de su solicitud; éste ha cumplido fielmente su palabra: ha pasado dos semanas como loco, corriendo por todas partes, indagando en dónde viven pobres vergonzantes para socorrerlos. No comprende aún las buenas obras sino en lo que tienen de material; pero no ha hecho más, no ha podido hacer más. Dos veces entró al templo y, según él, no supo orar: había olvidado las pocas oraciones aprendidas en su niñez; arrodillóse y considerándose en la presencia de Dios, le adoró con el alma, sin que los labios pronunciasen ni una sola palabra, clamó á El con lágrimas, cuyo valor no pudo comprender, y abatió la cerviz de la soberbia, reconociendo las iniquidades de su pasada vida. Estaba como aletargado; á la indecible amargura había seguido una especie de aturdimiento; sentía que el estado de su alma era transitorio y que de él pasaría á otro, pero no sabía á cuál. La vida que poco ha le era tan odiosa, le es hoy indiferente, no le atrae el placer con sus seducciones, ni anhela nada del mundo, quiere descanso, busca como por

instinto una paz, cuya existencia presente, paz de la que nunca ha gozado. La natural alegría de su niñez fue obscurida por la sombra del contentamiento de todos sus deseos, y al volver hacia ella la mirada, pensó que quizá la con-trariedad y la pobreza, son medicinas que fortalecían el corazón y desarrollaban el carácter; y el dolor, sol que evitaba la corrupción del alma. Como ruido atronador que le enloquecía, llegaban á su memoria en apañados recuerdos, las locuras de una juventud que, como río fuera de madre, había arrastrado en su impetuosa corriente cuanto encontró á su paso y en vano quería huir de los horrores que en vivas imágenes se estereotipaban en su fantasía. Estoy agotado para todo, pensó; no supe comprender y apreciar la vida y ha pasado para mí como un día de continua tempestad. Hoy confieso que la niñez tiene perfume, la juventud alegría y fortaleza la edad viril; que la vejez, como epilogo de la vida, concentra en los recuerdos las escenas culminantes de ella, y si para mí hubo hastío y desesperación, para otros habrá dulce tranquilidad precursora de la eterna paz del sepulcro. Con estos pensamientos sentía como si llanto interior bañase su corazón; pero, ¡oh

misterio para él impenetrable! aquel llanto era dulce.

Absorto en sus pensamientos dirígese á la Villa de Guadalupe. Llegó, entra al solitario claustro y llama suavemente á la puerta de la celda del fraile. Siente la misma impresión de suave paz que la primera vez que vio aquel vestufo edificio á cuya puerta parece que se detiene: un momento y luego retroceden las en-crespadas olas de los mundanos placeres. Fr. Agustín abre la puerta y recibe con inefable dulzura al señor de Avendaño. Este, sin darse cuenta de su acción y como impelido por extraña fuerza, besa la mano del fraile.

—La paz sea con usted, hijo mío, ¡a paz que es nuestro verdadero, nuestro único descanso.

Don Manuel oyó aquellas palabras y quedóse por algunos instantes pensativo. Fr. Agustín le miró con ternura; mientras aquél, á media voz, repetía para sí: —El verdadero, el único descanso.

Pasados algunos momentos de solemne silencio en que los labios callaban, pero las almas hablaban á gritos, Don Manuel se arrojó en los brazos del sacerdote y lloró como un niño.

Después de un rato en el que el señor de Avendaño desahogó su corazón reple-

to de dolor, díjole el fraile, clavando en la faz de su amigo una mirada de intensa suavidad.

—Usted quería matarse y ha llevado á cabo su resolución: el hombre antiguo ha muerto y ha surgido el hombre nuevo, hermoso y lleno de vida.

Don Manuel por única respuesta arrojóse á los pies del sacerdote, y allí, en aquella humilde y escondida celda, un criminal confesaba con vehemente arrepentimiento sus delitos á otro hombre como él, expuesto á toda la miseria y la malicia de las humanas pasiones, quien en nombre de Dios le perdonaba, y si el cumoso ojo del mundo no contempló aquel prodigio de la gracia, los ángeles reverentes y atónitos, deben de haber ensalzado las maravillas del Dios de las misericordias.

X.

Eva está triste, muy triste; aquellos castaños ojos habitualmente animados de vivísimo fuego, vierten ahora melancólico resplandor; aquel genio alegre que tenía para todos benévolas frases, y para sus amigas tiernas caricias, siéntese des-

fallecido, y en vano iérguese la dignidad para domar el potente empuje de la pasión; ésta, contrariada, se oculta en el fondo del alma y la falta de expansión aumenta su intensidad. Ricardo pasa todas las tardes por enfrente de los balcones de la casa de Eva, y no la vé nunca, nunca; pero ésta, al través de los visos, detenida allí, por quién sabe qué misteriosa fuerza, lo vé siempre, siempre. El recuerdo de la felicidad gozada, el anhelo de gozarla de nuevo, el cariño aguijoneado por los celos, son incentivos que la arrastran hacia el ser amado con violento ímpetu. El amor propio herido por la traición apártale de él aun más que el temor de unirse para siempre á un hombre indigno de su afecto. Pero ¿por qué se pregunta, amo á quien no merece mi amor? ¡Oh, la pobre niña no lo sabe, no lo sabrá nunca; pero es verdad, le ama á despecho de todo!

Angelito le ha hablado de amor y las galantes frases del joven la han indignado; á pesar de la buena educación de Eva no ha podido menos que hacer mala cara á Angelito, que es un joven rico y honrado á carta cabal. Es el ídolo de todas las mamás, ¡qué partido para sus hijas! Un hombre que no tiene vicios, que se formó solo, porque desde niño quedó huérfano,

habilísimo para el comercio, donde se ha ganado ya no despreciable suma; á quien jamás se ve en las cantinas, ni en el casino, ni siquiera en los toros; que frecuenta los templos y es temeroso de Dios, ¿no ha de ser un buen partido en estos calamitosos tiempos? En cuanto á su físico, Angelito no puede llamarse feo: moreno, de regular estatura, ojos cafés, ancha nariz, constante sonrisa y dulce faz; parco en palabras, de andar grave y mesurado y de carácter tierno y compasivo. Es un joven que, sin el menor escrúpulo podemos llamar bueno. Tanto que le quiere mamá, piensa Eva, tanto que le quieren las personas honradas ¿por qué no le quiero yo? No lo sé, pero la verdad es que no me cae ni poco en gracia. Será un santo, pero es un santo muy antipático.

Cuando Eva con el corazón oprinido en pie, tras de la vidriera del cerrado balcón, contempla á Ricardo, unos ojos de profundo azul le miran también extasiados, al través de los cristales de otro de los balcones de la casa. Es la angelical rubia á cuyo corazón ha llamado el amor con sus irresistibles encantos. ¡Pobre niña! Ella sabe muy bien que Eva, su amiga, su protectora, su hermana del alma, quiere también á Ricardo, que éste ama á Eva; presiente que el rompimiento en

tre ambos no ha de ser duradero, que le seguirá una reconciliación más dulce que el néctar, y las lágrimas que no salen á los ojos caen ardiendo sobre el corazón. No pagará Consuelo con ingratitud los beneficios recibidos; pero no dejará de amar á Ricardo, porque no puede; el cariño que se apoderó de la joven sin su llamamiento y sin su permiso, no la abandonará con su mandato. No es pecado amarle, se dice, le amaré en silencio, sin que nadie lo sepa. He oído decir que las huérfanas queremos mucho, y es verdad, no parece sino que cuando las madres se van al cielo nos dejan por herencia un raudal de su ternura. ¿Qué me importan los jóvenes que me hablan de amor? Ninguno de ellos es Ricardo y yo no quiero á ninguno.

En efecto, al rededor de aquella hermosura antes escondida en el olvidado albergue de la pobreza, revolotean las mariposillas del gran mundo, atraídas por la novedad, por la lozanía de aquella juventud de irreprochable belleza y por el misterioso encanto de heroína de novela que rodea á la joven huérfana. Porque se ha inventado toda una interesantísima novela de la vida de Consuelo, de la muerte de su madre, de su entrada en la casa del señor del Río, de su virtud

convirtiendo á Don Manuel de Avendaño, ante quien, según pública opinión, el Don Juan de Lord Byron era un arcángel.

Más de una vez Consuelo desmintió las consejas inventadas por el ocio de los desocupados, por la imaginación de los curiosos y por las exageraciones de los buenos; pero ¡quía! ¡quién iba á creerla? Era parte interesada, y su dicho nada valía para sus admiradores.

Algunas pollitas guardaban oculto rencor á la huérfana, porque los trovadores de aquellas alejaronse para correr desalados tras de aquellos ojos de cielo á la mitad del día, tras de aquel continente que aunaba á la majestad de reina la dulzura de ángel.

El más terco de los adoradores de Consuelo es César, joven alto, robusto, de enormes bigotes y de marcial aspecto. Es el primogénito de una familia rica y de ilustre prosapia. Cuando César, gineete en su magnífico potro de relumbrante negro, se pasea vestido de charro por las calles de la ciudad, vánse tras él las miradas de las niñas que quieren marido, ó siquiera novio, y no pocas veces á las pisadas del brioso corcel que truena en las piedras del pavimento las herradas pezuñas, responden los suspiros de las bellas

zacatecanas que contemplan al galán como las reinas de los torneos de antaño al caballero victorioso. César sabe el alto prestigio de que goza entre el bello sexo, y más de una vez la vanidad desequilibra aquella cabeza de no escaso juicio, y afeina aquel carácter impetuoso y varonil. No cree, no puede creer que Consuelo no le quiera. ¡Imposible! ¡No quererle á él, que es irresistible? No puede ser. ¿Qué sucede, pues? Que la huérfana se hace del rogar para asegurar mejor su presa. Esto piensa César, qué ha de hacer, se dice, rogarle á la niña, su conquista tiene para mí inmenso atractivo. Además, ¿qué van á decir mis amigos si no venzo? Que hubo una hermosura que no se me rindió. Esto no, jamás. ¡Qué vergüenza me daría!

Angelito y César diríjense hoy domingo á la casa de Gustavo Vivanco, es el cumpleaños de Beberito, y van á felicitar á sus papás; pero esa atención de la amistad es el pretexto para buscar á las soberanas de sus corazones. Caminan por distintos rumbos, pero ambos soñando con la posesión del objeto amado.